

— Pues en los cuarteles.
 — ¿Crees tú eso de buena fe?
 — ¡Vaya si lo creo!
 — ¿No has visto cómo proceden respecto de mí en el palacio imperial de los mayores, que generaron mi vida?
 — Vaya si lo he visto.

— Pues habiéndolo visto, nota cuál soledad me rodea. Mis maestros más queridos, mis libertos más útiles, mis compañeros más constantes han desaparecido, como si la tierra se los hubiera tragado voraz y silenciosa. Te permiten á ti entrar en la horrible solitaria estancia, porque tú morirás conmigo. Estamos como los gladiadores que aguardan la señal de combate próximo en el Circo, y como las reses que aguardan la hora de su degüello en la carnicería.

— Pues aún tienes amigos donde menos debieras esperarlos, repito.

— ¿Quiénes son?
 — Los pretorianos.
 — ¿Qué me dices?
 — Como lo oyes.
 — ¿Podrás nombrarme alguno?
 — Más de dos.
 — Habla.
 — ¿Quién dispone hoy de los soldados?
 — Pues disponen Lulio Seta y Rufio Crispino.
 — ¡Bien conoces sus nombres!
 — Vaya si los conozco.

— Pues acuérdate de que César no hubiera vencido á Pompeyo sin los soldados, ni á Bruto Marco Antonio, ni á Marco Antonio Augusto, ni á éste lo hubiera Tiberio heredado, ni á Tiberio Calígula, ni á Calígula tu padre mismo.

— ¿Pero los crees á mí tan obligados que pudieran contra la emperatriz favorecerme?

— Todo lo debes á tu casa y familia.

— Pues lo sabe mucho mejor que tú eso Agripina, y tratará de recompensar con la muerte crimen tan espantoso como la fidelidad á mí.

— ¡Quién sabe!
 — Más perdidos no podemos estar.
 — Seguro.
 — Así es que siente uno gana de arrojarse al sario, cubrirse la cabeza y decir que vengan pronto los dioses que quieran enviarnos.
 — ¡Oh! No piensa resistirse.
 — De nada nos servirá.



Soldados romanos

— Sin embargo, esperemos.
 — Esperemos, ya que así lo quieres.
 — La vuelta de Séneca nos ofrece ocasión propicia de indisponer á Claudio con Agripina.
 — Mas no aguardes — dijo el príncipe, clavando la mirada en los ojos de Narciso, — no aguardes repetir con mi madrastra lo mismo que hiciste con mi madre.

Dichas tales palabras, convirtió Narciso de nuevo los ojos á tierra y se quedó petrificado. Su conciencia decía cómo perdiendo á Mesalina, en realidad había salvado por aquel momento á Claudio; pero cómo también reemplazada la muerta por Agripina, Claudio, Británico, él mismo, se habían todos á una perdido sin remedio. No estaba completamente arrepentido; mas como quiera que todo peligro pasado parezca muy pequeño en comparación del peligro presente, el natural perverso de la predecesora se perdía, ó se amenguaba por lo menos, en el horror inspirado por la terrible

reemplazante. Mientras el mozo Británico se daba por completo á su desesperación, en el deseo de vivir y en el fundado recelo de una muerte próxima, Narciso rodaba en su mente despierta y viva recursos con que perder á la emperatriz y salvar al emperador. Así el disgusto causado á éste con la vuelta de Séneca y la propia influencia en pretorianos y esclavos le alentaban y le permitían, sin dejar de tener en las palabras igual desesperación que Británico, á tener alguna mayor esperanza en los actos. Y mientras discurría con prontitud, como quien se ahoga y en los espasmos de su asfixia se ase á un clavo ardiendo, Narciso pensaba en los pretorianos y se apercibía con anhelo á empujarlos hacia una desesperada rebelión, así como á los siervos también, á todos cuantos pudieran perturbar el quieto y omnímodo imperio de la feroz Agripina.

Mientras á tales ideas se daba Narciso y á los correspondientes afectos Británico, una grande algazara y una orquesta concertadísima y un coro armonioso y una tronada de aplausos resonaban por las galerías del palacio cesáreo y repercutían en el sacro monte palatino. Liberto y príncipe se miraron tristemente y se sonrieron á una con sonrisa de moribundos; porque aquella grande algazara quería decir tanto como nueva humillación para ellos, y para Nerón y Agripina nueva desatentadísima victoria. En efecto, Nerón bajaba, rodeado de su corte y de su cohorte, al jardín del Palatino, en que solía holgar con demasiada frecuencia. El soldado le servía con las armas, el mimo con los gestos, el poeta con los hexámetros, el compositor con las sinfonías, el retórico con las frases, el sacerdote con las ofrendas y holocaustos que podía sugerirles el afán de agradar al tirano incipiente y la necesidad en que se hallaban de arrastrarse sus almas reptiles. Nunca uno de aquellos dioses primitivos del Asia prehistórica encontró el culto encontrado en la Roma de Bruto y de Catón por un joven grosero y sensual comido de todos los vicios; iba en una procesión continua y á diario. Así es que quien se oponía de algún modo al culto general ó se quedaba fuera de la informe procesión aduladora, pasaba por completo á reo de muerte y veía al esbirro prolongándose á sus espaldas como una sombra y sobre su cabeza el cetro imperial fulgurando y fulminando como una centella de nube tonante por los aires encendidos y tormentosos. Sin embargo, las dos víctimas designadas al verdugo

en los proyectos de la emperatriz dudaron si en el cortejo procesional de Nerón ingresarían ó no, pues la propia dignidad les vedaba unirse á los cortesanos de sus enemigos, y el temor á la muerte les impellía y empujaba. Sin embargo, no tuvieron que vacilar, pues bien pronto un esclavo de Nerón apareció en la puerta y les dijo que saliesen inmediatamente á las galerías y se juntasen solícitos con los cortesanos del hijo mayor de su César. Al oír esto Británico, intentó desmentir al bellaco, diciéndole que allí no había otro hijo de Claudio que él; pero se contuvo á mandatos imperiosos del instinto de conservación, tan tiranizador del organismo nuestro. Sin embargo, comprendiendo que deseaban molestarle adrede al poner frente á su propia desnudez las preseas de Nerón, frente á su soledad el cortejo de éste, frente á su miseria el esplendor arrebatado á él mismo, se mordió los labios, se agitó como á una herida mortal, se quedó ciego de ira; mas todo instantáneamente, pues concluyó por sobre sus estribos de nuevo colocar el maltratado cuerpo, y sobrepujar con una estoica indiferencia la enorme y acerbísima contrariedad. En efecto, había por qué y para qué. Llevaban á Nerón en andas, aunque vestido de actor, cual contratado para la escena. Brazos nervudos de gimnastas, cazole-tillas humeantes de los tradicionales ritos, palmas debidas tan sólo á los vencedores, coronas de roble guardadas para los fuertes, guir-naldas de laurel dignas del profeta ó del vate, cuerdas resonantes de áureas liras, trompetas de plata, víctimas de sacrificios; todo cuanto puede sugerir á un mortal el falso concepto de haber llegado á inmortal, todo se veía reunido en torno de aquel nuevo dios, agregado á los muchos que la victoria y la dominación habían depositado bajo el cielo y sobre la tierra de Roma. Entretanto, el personificador verdadero de los Claudios, el hijo legítimo y natural del César, parecía un esclavo é iba vestido cual si á la más humilde clase perteneciese, ó estuviera en vil condición de triste servidumbre. ¡Cuál triste para Claudio este paralelo! ¿Mas á qué tal aparato? ¿Por cuál motivo Nerón salía de semejante manera? ¿Qué particular causa determinaba tamaño regocijo? ¿Qué significaba la procesión de tantas gentes, el concurso de tanta corte, las ofrendas de tal número de sacerdotes, los himnos que subían á las alturas, el incienso que perfumaba los aires y las loas que todo lo henchían de

adulaciones y de lisonjas sin término? Británico y el triste liberto de su padre, apoyado uno en otro, miraban con ojos avizores y espantadísimos aquel espectáculo. Cualquiera los hubiera creído, al verlos cabizbajos y temblorosos, dos extranjeros al concurso, dos vencidos ó dos reos de los que muestran con su presencia tristísima en los triunfos, por los necesarios contrastes artísticos, la gloria y el poder de los soberbios vencedores. Aunque Nerón vivía en el fausto, prolongaba las fiestas, distribuía honras entre las gentes, celebraba procesiones sinnúmero, pensaba que la vida toda debía reducirse á un festejo perdurable; aquella festividad ostentaba demasiadas particularidades originales para que no interrogasen su sentido los dos hombres, parecidos á dos espectros, que miraban á todas partes con ojos muy avizores y no descubrían doquier se convirtieran cosa ninguna, como si estuvieran proscritos de aquella sociedad. Por fin se acercaron á un grupo de siervos palatinos, los más enterados en las festividades varias de aquella imperial familia, y les dirigieron varias preguntas para esclarecer su increíble ignorancia.

— ¿Qué sucede? — preguntó Narciso.

— ¿Pues no lo sabes? — le dijeron los criados.

— Si lo supiera no lo preguntara.

— ¿Cómo tan desorientado tú, dueño en otro tiempo del albedrío de Claudio?

— Ahí veréis, ahí veréis — exclamó Narciso meneando la cabeza tristemente al considerar las vueltas que dan en este mundo los destinos todos, colocados sobre máquina tan móvil cual la rueda de una diosa tan ciega como la inconstante Fortuna.

— Bien es verdad — añadió en seguida otro interlocutor, — que no debe maravillarnos mucho ver á Narciso así, privado del César, cuando vemos triste y abandonado al hijo de sus entrañas, á Germánico en persona.

— ¡Chist! ¡chist! — prorrumpieron algunos interrumpiendo.

— Las paredes oyen aquí.

— La muerte bosteza por todas partes y á todo el mundo se traga.

— Pero ¿qué hay? — volvió á preguntar Germánico.

— Pues hay que Agripina se propone subir al Capitolio en carroza.

— ¿Cómo eso?

— Porque diz necesita pedir á Júpiter Capitolino un rayo de luz para la cabeza de su esposo.

— ¡No debe haber dioses — exclamó Británico, — cuando no le mandan un rayo fulminante y asolador sobre la cabeza!

— ¡Chist! ¡chist! — volvieron á decir los siervos á una, igualmente aterrados del atrevimiento que mostraba quien, herido de muerte por silenciosos y superiores decretos, podía matar á muchos en aquella especie de anarquía donde todos luchaban en las sombras, exponiéndose á recibir y dar heridas mortales sin saber á quien las daban ó de quien las recibían, según el vértigo universal consiguiendo á tan universal desorden.

— Algo pasa muy extraño aquí — añadió Narciso, divirtiendo el interés y atención del grupo de las terribles palabras dichas por Británico, tan receloso, en un momento de súbita desesperación, explicable por todo cuanto alrededor suyo sucedía.

— Pues no pasa más — dijo algún otro esclavo, cauto de suyo quizá ó quizás partidario de Agripina, — sino que la emperatriz va poseyendo cada día más el ánimo de su esposo y va gobernando con acierto mayor este pícaro mundo, tan débil, y tan menesteroso por débil de dirección y de gobierno.

— Pero verdaderamente ¿crees tú que Agripina gobierna bien á Roma? — le preguntaron al esclavo imperialista el príncipe y el liberto sin poder contenerse.

— ¡Chist! ¡chist! — volvieron á decir los esclavos, interrumpiendo con perseverancia la temeraria pregunta dirigida por los dos desgraciados en su desesperación.

— Siempre hubo en Roma oposición — observó el esclavo devoto de la emperatriz entonces reinante.

— Pero dejemos estas cosas y vamos á lo esencial. ¿Qué sucede, qué pasa?

— Pues pasa — dijo uno de los esclavos, apercibiéndose á contar con los labios el objeto de todo cuanto veían los ojos y escuchaban los oídos, — pues pasa que sube Agripina en carro triunfal, como una divinidad, al Capitolio, deseosa de sacrificar en las divinas aras cual un pontífice.

— ¿Pasa eso? — preguntó Británico fuera de sí.

— Como te lo cuento — añadió el esclavo.

— ¿Y los dioses resultan ya tan viles como los cortesanos de Agripina, puesto que lo consienten?

El *chist* perdurable que acompañaba diversos atrevimientos de lenguaje, volvió á resonar en el aire.

— ¿Y dónde va Nerón?

— Pues á realzar la procesión que se verifica y celebra en honra de su madre desde nuestro monte Palatino al monte que soporta el Capitolio.

— Pero supongo que mi padre no acompaña, no, á....

— ¡A tu madre! — dijo un esclavo.

— ¡Mi madre no — replicó Británico, — mi terrible y siniestra madrastra!

— ¿Pero acompaña ó no Claudio á su mujer? — preguntó con impaciencia Narciso.

— ¡Pues cómo ha de acompañarla — dijo uno del grupo, — si ella quiere presentarse completamente sola, como si fuera el César, el emperador, el general, el pontífice y llevara juntas las dignidades todas de Roma en su cuerpo de hembra!

— ¿Luego mi padre se halla en sus estancias?

— En sus estancias — dijeron á una todos los domésticos.

— ¿Y solo?

— Enteramente solo.

— Pues aprovechemos la ocasión — exclamó Británico.

— Aprovechadla — exclamaron á una todos los domésticos.

— Vosotros, que sabéis de palacio tanto cuanto ignoro yo, ¿queréis decirme cuál objeto requiere Agripina con esta ceremonia inusitada y esta inaudita presentación al Capitolio? — preguntó Narciso.

— Nosotros no podemos á ciencia cierta saberlo — dijo el esclavo único que allí parecía partidario de Agripina, — pero podemos referir lo que se cuenta y murmura.

— ¿Qué se cuenta, qué se murmura? — preguntó Británico.

— Dicen las gentes — repuso el esclavo imperialista — que Agripina se aproxima de tal suerte á Júpiter Capitolino para pedirle con esta embajada, verdaderamente aparatosa, persuada el ánimo de Claudio á recibir en la presidencia y cabeza de su consejo, como primer ministro, al filósofo Séneca.

— ¿Al filó... so... fo... Sé... ne... ca...? — preguntó Británico, que ahogado por el hipo de la cólera, no podía decir cuatro sílabas seguidas de sus frases.

— Sí.

— ¿Primer ministro de Claudio?

— Primer ministro.

— ¡Hasta dónde llega la paciencia de los dioses y el descaro de los hombres!

— No, no puede ser — decía Narciso repitiendo la frase un millar de veces. — No puede pasar Claudio por tal cosa.

— Vamos á verle... Hablemos con mi padre. Sígueme, Narciso.

Y los dos, rápida, violentamente, como quien se arroja de un precipicio á un abismo, lánzanse de cabeza en el cuarto imperial, donde se hallaba Claudio.

— ¡Padre, padre! — gritaba el muchacho.

— ¡Señor, señor! — á su vez gritaba Narciso.

— ¿Qué traéis aquí? — les preguntaba Claudio.

— Lloros, que no puedes menos de oír — decía el muchacho.

— Lágrimas, que no pueden menos de ablandarte — añadía sollozando Narciso.

— ¿Cómo estáis aquí?

— ¿Pues dónde habíamos de estar? — preguntaron á consuno los dos.

— En la procesión.

— ¡En la procesión! ¡Ah! No, allí se trama tu muerte — replicaba Británico.

— ¡Allí donde se pregona tu deshonor! — añadía con acento de reconvención y de queja también el desdichado Narciso.

— ¡Callad, por los dioses, callad!

— A nadie debe temer el César — aseveró Británico.

— A todo y á todos — respondió Claudio.

— Ten voluntad — le gritó con todos sus pulmones el arriesgado liberto.

— ¡Voluntad! No me falta, pero la voluntad nada puede contra el destino adverso.

— Dame tu sello y no vuelven hijo y madre del Capitolio, que profanan los dos con odiosísimas ceremonias — replicó Narciso.

— ¡Callad! No llegaréis á la noche.

— Ellos, los dos, sí que no llegaran aquí, de querer tú.

— ¡Odiosa pretensión la vuelta de un filosofastro indigno que ha tratado, el infame, de obscurecer tu nombre sacro y deshonorarte ante la posteridad! — exclamó Británico.

— ¿Quién os lo contara todo? — preguntó Claudio aterrado.

— No hemos necesitado que nadie nos contara cosa ninguna; lo adivinamos todo.

— Moriréis, infelices, sin remedio esta noche misma. Os matará de seguro Agripina.

— Que me mate. Impórtame poco, si en el día de mañana presencia tu deshonra. Venga la muerte; de no venir, iré yo á buscarla.

— ¡Hijo mío, te reconozco; reconozco la sangre de los Claudios, mis abuelos, en esas palabras de firmeza y elevación incomparables! ¡Ven á mis brazos!

— En ellos me quedara eternamente, ¡padre, padre, padre mío! — gritaba Británico abrazando á Claudio.

— Estos abrazos te ahogarán, como si te abrazara la muerte.

— Pero nunca tan justificada como ahora — exclamó Británico insistiendo en sus arriesgadas temeridades.

— ¡Chist! ¡chist! — volvieron á murmurar los asustadizos esclavos, temerosos de que les costase un pan la torta de aquellas atrevidas conversaciones.

— No me importa, con tal que me sorprenda en tu regazo. Yo no quiero apartarme de tu sombra; yo, huérfano de madre, y que solamente de ti puedo ya en el mundo fiarme, acosado como estoy de fieras, las cuales jamás perdonarán á mi persona el honor de haberte debido la vida.

— ¡Padre, madre, amor, imperio, esposa, hijos! — decía maquinalmente Claudio como si en aquel momento soñara.

— ¡Sálvanos! — gritábale Narciso con más angustia que en la noche trágica del suplicio de Mesalina.

— ¿Y quién, quién, quién me salva, por Hércules, á mí? — preguntó sollozando Claudio, con sollozos tales, que parecían mugidos de toro alanceado.

— Préstame un momento las riendas del imperio, y verás, Claudio, cómo aplasto á tus dos tiranos.

— Las tiene Agripina y no ha consentido en dejarme ni el sello imperial siquiera. En el día de ayer mismo empeñamos una riña casi mortal por un propósito increíble: por el propósito de colocar junto á la mía su firma en una sentencia; cosa indiferente cuando se trata de negocios políticos, pero grave, muy grave, tratándose de asuntos jurídicos. No penséis en indisponeros con esa mujer ni el uno ni el otro: vale más indisponerse con todos los buenos dioses del Olimpo y con todos los genios malos del averno.

— El Capitolio acaba de ser profanado — exclamó Narciso, arengando al emperador como en el día de su traída desde su palacio en las riberas del Mediterráneo para sacrificar á Mesalina.

— ¡Y tan profanado! Mas ¿cómo remediarlo?

— Como se levanta ese faro de la gente romana entre los espacios del Campo de Marte y los espacios del Foro de Roma, todos han visto la profanación, ciudadanos y mlites, por lo cual todos maldicen juntos de Agripina que la perpetra y de Claudio que la consiente — dijo el temerario liberto, arriesgándose á la muerte ya.

— ¡Qué quieres, Narciso!

— ¿Cómo habrán tomado los sacerdotes de Júpiter tal insania? ¿Qué cara no habrán puesto las sacerdotisas de Juno viendo una especie de pontífice femenino, con escándalo de nuestras costumbres y violación de nuestras leyes?

— Les he dicho todo, caro liberto mío, todo esto y mucho más; pero no han querido escucharme. Se lo he dicho, liberto mío, les he asegurado que las grullas sagradas iban á gritarles como si fueran galos, y no me han oído. Inútilmente les aconsejo lo más racional y los persuado á lo más útil: no me hacen caso. Lo peor es que muchas veces prefiero el desprecio de lo aseverado por mí al aprecio. El desprecio me salva; una grande apreciación por su parte de mis dichos ó de mis hechos, acabaría con mi persona bien pronto. No le queda ningún otro remedio á uno más que hacerse con muchísimo recato el tonto, si queréis, el tontiloco. Yo he vivido tanto tiempo en este palacio, donde reina la muerte, y he sobrevivido á tantas gentes devoradas por nuestras discordias, á fuerza de parecer imbécil. Si aparento enterarme de todo aquello que pasa, profesar ideas propias, ocurrir á necesidades del Estado, enderezar tanto y tanto entuerto como hay aquí por doquier, me calumnian primero y me

asesinan después sin conmiseración alguna. Que hagan cuanto quieran mientras me dejen vivir á mí años y años. Interpuesto en las vías de sus caprichos, me rematan como á las fieras en el circo y lo perdemos todo. ¡A vivir, á vivir!

— No erigió la vieja Roma en el Capitolio aquellos arcos triunfales; no facilitó el acceso á su cumbre por escaleras dignas de ídolos; no lo coronó con el templo de Júpiter Capitolino, tan amplio como un templo egipcio, y con la Ciudadela, rival de la sublime Acrópolis ateniense; no lo adornó con surtidores de manantiales corrientes entre los jaspes y los mármoles; no ideó los pórticos inacabables, de proporciones parecidas por sus ritmos á una epopeya en granito; no colgó las ofrendas forjadas con el hierro arrancado á los samnitas; no colocó en la celda de oro la estatua en marfil de Júpiter, para que una mujer caprichosa y violenta se arrogara la obra de los siglos y lo convirtiera todo en palacio colosal de sus voluntariedades y de sus caprichos.

— ¡Ah! — dijo Británico para reforzar los argumentos del elocuente liberto. — Padre mío, tú me has enseñado la historia del Capitolio leyéndome, puesto de niño sobre tus rodillas, narraciones trazadas por tu propia mano, referentes al viejo romano tiempo. Allí está consagrada la victoria de Rómulo sobre los cenniates. Allí se depositan desde tiempo inmemorial aquellos despojos de las legiones rotas, que llamamos opimos por su excelencia incontestable. Allí vemos la cuna de Roma, indicativa del tiempo en que lactaban á nuestros padres las lobas. Allí se recuerda el día en que, sitiados los patrios héroes, arrojaban los pocos panes que tenían por las murallas, indicando al sitiador abundancia de víveres. Allí el dictador Camilo, rompiendo un tratado deshonesto en que Roma quería pagar á precio material su rescate, dijo estas memorables palabras: «Con hierro, y no con oro, salvaremos á nuestra patria.»

— Sabe historia este hijo mío — exclamó Claudio, olvidando todas las penas de su corazón como César, ante una tan grande satisfacción de su vanidad como literato.

— Pues bien — dijo Británico, — pues bien: por lo mismo que sé historia, Claudio, por lo mismo, imposible consentir tu deshonra histórica. Y resultará en la posteridad tal deshonra perdurable si consientes en designar como tu primer ministro al filósofo que ha

querido mofarse de ti con toda su venenosa ironía y ofrecerte infamado á la posteridad.

— Cierto, cierto.

— No consientas, padre mío, tal afrenta. No pases bajo tal caudina horca, pues la diadema se caerá de tu cabeza y se disipará la vida de tu cuerpo y se desvanecerá la gloria de tu renombre, y en vez de transmitir á tus hijos pura fama, les transmitirás impura infamia.

— Séneca — exclamó el sabio liberto, corroborando las aseveraciones de Británico, — Séneca, que predica la sobriedad, es el mayor borracho de tu imperio; Séneca, que predica la templanza, es el mayor glotón; Séneca, que predica la pobreza, es el mayor usurero; Séneca, que predica la castidad, es el primer amante de Agripina.

— ¡Narciso, Narciso, no te mato porque los dioses no quieren! La hija de mi hermano Germánico ha heredado de su madre la fidelidad en el matrimonio.

— Vale más que así lo creas, Claudio, si no para tu honra, para tu felicidad.

— Mas no se trata de tal cosa; de lo que se trata, padre mío, es de impedir que cedas tu diadema, esa diadema de tus hijos también, al enemigo mayor de nuestro nombre y fama. Ya puedes hacer de mí cuanto quieras: me diste la vida, puedes quitármela, si bien te pareciese. Tuyas mis carnes, tuya mi sangre, tuyo mi nombre, tuyo mi espíritu, con mis deberes para contigo y con tus derechos sobre mí, yo resulto menos que tus esclavos en presencia de tan grande autoridad. Pero tú no puedes obligarme, no, á que obedezca y me sujete á tu difamador y á tu enemigo, el cual es reo de crimen más abominable que un asesinato, reo de terribles calumnias, con las que ha querido el infame aniquilar nuestro nombre y alma. No lo consentiré. Revivirá en mí el alma de nuestros predecesores. Moriré á manos de Séneca ó mataré á Séneca. Yo me declaro en rebelión permanente. Yo no le obedeceré jamás; yo jamás en él reconoceré á tu primer ministro. Ya puedes hacer de mí todo aquello que quieras, menos forzarme á sonreír al que maquina tu muerte como ha maquinado tu deshonra. Este puñalillo me han dejado tan sólo — y sacó uno que á la cintura llevaba; — con él me basta para partirle su vil corazón en cien pedazos. ¡Padre, padre, padre, tu hijo, aunque mozo é imberbe, te vengará del ofensor!

— Ven á mis brazos; reconozco en tus palabras la sangre y el valor de mis padres, hijo mío.

Británico se lanzó en brazos de su padre con regocijo, mientras el liberto, de rodillas, plegadas las manos, extáticos los ojos, decía: — ¡Sálvate, sálvanos!

Pero no faltaba quien lo atisbase todo. El grupo de los tres, abandonado á sus afectos propios, no vió que Vitelio, el consejero de Agripina, entreabría una puerta con sigilo y exclamaba para sus adentros:

— ¿Esas tenemos? ¿Abrazos, efusiones? ¡Lo sabrá la emperatriz, morirán todos!



CAPÍTULO II

EL IDEAL Y LA REALIDAD

Por lo mismo que liberto como Narciso y entonado como Británico se habían opuesto al regreso de Séneca, obtúvolo Agripina de Claudio, no sin agotar para ello todos los esfuerzos gigantescos de su voluntad y todas las argucias infinitas de su ingenio. El método de dominación sobre Claudio, empleado por Agripina, tenía tantas espirales y vueltas y revueltas como el camino de una serpiente. No se lanzaba de golpe, cual un águila, ó de salto, cual una leona, sobre la presa; discurría mucho tiempo alrededor suyo en círculos más ó menos concéntricos, y anudábala en sofocantes anillos que parecían brazos, rindiéndola por fin á unas caricias que parecían efectos inmediatos de intensísimos y continuos afectos cariñosos. Agripina dijo ceder, lejos de triunfar, en su pleito á favor del filósofo, y del sentir mismo suyo fué Claudio. Había pedido la taimada en primer término el regreso, y con el regreso su exaltación á primer ministro, segura de que su esposo, negando la gran dignidad reclamada por ella para su consejero, se creería vencedor hasta dejarlo venir, con tal de no dejarlo ministrar. Esto, que no ministrase, deseaba la intrigante, pues para primer ministro bastaba y aun